

Mi voz, mi cultura
by Juliana Rivera

Ser hablante de herencia ofrece una experiencia lingüística y cultural única que va más allá de simplemente conocer otro idioma. Representa la capacidad de mantener una conexión con las raíces. Como hablante de herencia, he llegado a comprender cómo el lenguaje actúa tanto como un puente, me une a las tradiciones de mi familia. Esta identidad dual ha moldeado mi sentido de pertenencia y mis habilidades de comunicación.

El español se cuela en mi día a día casi a diario. De hecho, a cada minuto lo uso. Hablo con mi comunidad de hablantes nativos y me comunico con mi madre, lo que me hace sentir más segura en mi cultura. Aunque heredé el idioma, también me ha ayudado a salvar la vida.

En 2019, enfermé gravemente. Nací con fibrosis quística, una enfermedad genética incurable que heredé de la infancia. Mis pulmones son muy sensibles y se infectan con facilidad, pero en 2019, fue la peor infección que he tenido. No podía caminar por el barrio sin cansarme; me sentía débil e indefensa. Mi madre no entiende inglés y no comprendía del todo lo que me pasaba, pero al hablarle en español, pude explicarle mi sufrimiento. Gracias a esa comunicación, pude llegar al hospital a tiempo. Traduje lo que decían los médicos y ayudé a mi madre a comprender cada paso de mi plan de tratamiento. El idioma me permitió mantener a mi familia tranquila y sentirme apoyada en medio de la incertidumbre. Hablar español no sólo me ayudó a sobrevivir, sino también emocionalmente, porque me recordó quién soy y de dónde vengo.

Además de que un idioma me salve la vida, mantener una lengua heredada también conlleva muchos

desafíos. A veces siento que mi español no es lo suficientemente bueno. En Estados Unidos, la gente me entiende y me siento segura al comunicarme. Sin embargo, cuando viajo a El Salvador, es diferente. El español allí es menos formal y está lleno de jerga que no se usa aquí. Cuando intento hablar con mis primos, a veces se burlan de mí porque pronuncio mal ciertas palabras. En esos momentos, siento que no conozco bien el idioma ni mi cultura. Es como vivir entre dos mundos, sin saber con certeza si hablo español "de verdad". Me lleva a sentir vergüenza y a dudar de mi identidad como salvadoreña.

Por lo general, el bilingüismo ha moldeado mi identidad en formas que me permiten enseñar mi cultura a través del español. El idioma es parte de mi cultura, y mi cultura es parte de mi identidad. Es lo que ha formado mi personalidad y mis valores en la vida. Mi español transmite las palabras y tradiciones de generaciones pasadas, y me da la oportunidad de enseñar la historia de mi familia y la mía propia. Es lo que nos une como familia. Comunicarme con todos juntos nos hace sentir cercanos y fortalece nuestro vínculo.

En gran medida, el español es lo que une a todos los latinos. Nuestro idioma es la historia que compartimos. Hablar español puede ser difícil en Estados Unidos hoy en día debido a la inmigración y la asimilación, pero nuestra historia perdura. Es importante mantener vivo el español en este país porque contribuimos a construirlo hasta alcanzar su estado actual. Las diferentes culturas deben ser reconocidas y preservadas; aunque algunos no las valoren, siempre habrá un lugar para ellas. Las generaciones futuras no deben olvidar su cultura ni su historia.

Juliana Rivera wrote this article for her SPAN 303 class during the fall of 2025

El que todo lo ve
by Theo Velásquez Arriaga

Conforme su mente va despertando y va abriendo los párpados lentamente, siente ya el pesar de sus angustias y ansiedades penetrando las esquinas más profundas de su mente y cuerpo. Al parecer no puede levantarse. De ahí se dio cuenta que amaneció solo, pero siente aun así que hasta la misma soledad lo ha abandonado. Lo recuerda a él, el hecho de que no pudo ser la persona de quien él se enamorara, el hecho de que no estaba listo para amarlo, la duda si en verdad lo había amado, el entendimiento doloroso de que algún día alguien más lo amaría —duda tras duda, se queda atorado en ese bucle.

Mientras tanto, el reloj lo insulta mientras se regodea en su miseria. En el reloj se leen las 7:24 de la mañana. —Una hora más —se dice, mientras regresa a su hibernación honda donde puede bloquear sus bullas interiores y las del mundo exterior.

Durante esta hibernación diminuta, su habitación se vería completamente arropada por la penumbra si no fuese por la luz proveniente de afuera, en donde el color de las persianas daba la impresión de que la esfera celeste de afuera se oscureciera con algodones grises, encapsulando así la situación de esta alma nublada por su propia angustia.

Un conjunto de vinilos se va pudriendo en una esquina de la habitación; a la par sobre un mueble de madera, un tocadiscos y una mezcladora van juntando polvo, tras tiempo sin usarse; y al otro lado, el alféizar gris, repleto de libros de historia y hechos contemporáneos, lamentan no ser abiertos para descubrir sus contenidos de sabiduría.

¡Qué lástima!
Pero espera, también sobre otra pila de libros hay un marco enmaderado con una foto de sus amigas; a la par,

otro marco que contiene un boceto de un sol amaneciendo, acompañado por una cita que enfatiza que, si en la vida el ser nace con la debilidad de caer, también nace con el poder de levantarse.

A la par de la ventana veo ahí a mi hijo en posición fetal, sumergido bajo la cálida nieve blanca que lo arropa y mantiene protegido del frío del mundo exterior. Sobre sus muros veo pegadas notas rosadas llena de consejos sobre la vida junto con cartas de agradecimiento y afirmaciones positivas.

Ring, ring, ring, ring.

Suena la alarma otra vez.

Tras despertarse abruptamente, conforme su visión va aclarándose, siente una gran haraganería que consume su cuerpo; tanto, que se quedó ahí tirado, quieto, callado, mirando hacia el vacío de su techo beige. Todo en su entorno está silencioso, menos el ruido del aire acondicionado y de las puertas del pasillo que se van abriendo y cerrando; pero en el abismo de su ser todo se encuentra estridente. Atado a ese bucle tan eterno, busca una bulla física para calmar las de su espíritu e investiga un nuevo recreo sin sentido en su aparato de entretenimiento e intenta reposarse de nuevo, aunque sabe que no tiene sueño. Solo quiere alejarse y distraerse de sí mismo.

El reloj aún se sigue burlando de él. Despierta y encuentra que la novena hora de la mañana ha pasado sin su consentimiento. Decide levantarse, pero algo lo jala de regreso a su cobertura de nieve cálida y se siente envuelto en no solo ese calor sino en el de las voces quienes lo aconsejan quedarse en cama para evitar cualquier pena que el día le traerá. Él sabe que eso no sería útil y nada más le empeoraría su estado; aun así, decide escapar si quiera por otros cuantos minutos. Pero sus piernas aún quieren salir y correr, lejos de sus problemas y del dolor del mundo.

De nuevo piensa en él, en las tareas que tiene que completar, en su familia, en el futuro, el pasado, a quienes ha lastimado, como él sigue lastimándose. Puras penas, dudas, ansias, temores... puro pensar y pensar y pensar y pensar... ¡tanta angustia! ¡jamás podrá escaparlos si sigue así!

¡Ay, pero qué pobre mi hijo! Ni por más que suspire mi santo nombre, él tiene la capacidad de sacarse de este hoyo que lo tiene atorado, ya que de ciertas maneras por fin está viviendo, aunque no lo sepa. Pero está bien, es un efecto de la juventud que poco a poco irá internalizando, aunque no sea hoy, poco a poco lo hará, y así renacerá de su capullo de oscuridad, convertido en algo bello.

De eso estoy seguro.

Mientras tanto, los minutos lo siguen burlando, riéndose de su desesperanza.

Theo Velásquez Arreaga wrote this article for his SPAN 407 class during the spring of 2025

Hecha de canto,
by Bernice Baez-Pagan

Yo soy una guitarra,
no en forma,
sino en ser.
Tengo un alma que vibra
cuando la saben leer.
Mis costillas son de madera,
mi pelo las cuerdas
mi pecho resuena.

Fui cuerda antes que carne,
eco antes que voz,
y en mi casa
la música era el ser y el alma.
Sonaba suave, sin ser sombra.
Yo soy canción,
no tengo elección.

No me digas que me calle,
sí nací siendo instrumento.

Yo soy un violín cuando lloro,
una flauta cuando río,
un piano en la tormenta,
un tambor cuando desafío.
Yo soy un chelo cuando abrazo,
un cuatro cuando espero,
una trompeta cuando ardo,
una campana si me muero.

Fui cuerda antes que carne,
eco antes que voz,
y en mi casa
la música era alma y ser.
Sonaba suave, sincera, sin ser sombra.
Yo soy canción,
no tengo elección.
No me digas que me calle,
sí nací siendo instrumento.

Soy música viva,
ritmo sin permiso.
No tengo libreto,
tengo instinto y compromiso.
Mi cuerpo es el teatro,
mi voz es percusión.
Y cada verso que sale
es latido de mi interior.

Soy cuerda que vibra,
soy aire que se afina,
soy verso que vive,
aunque todo termine.
Y mientras tenga alma
seguiré sonando.
Porque yo no fui hecha de silencio
yo fui hecha de canto.

Bernice Baez-Pagan wrote this poem for her SPAN 407 class during the spring of 2025